

# LA ITALIA ROJA.

---

## PRIMERA PARTE.

---

### Revoluciones de Roma y de la Alta Italia.

He visto; he escuchado; he escrito.

#### CAPITULO PRIMERO.

LA FRANCIA.—LA SUIZA.—LAS SOCIEDADES SECRETAS.—MAZZINI, GIOBERTI Y ROSSI.—VIDA Y MUERTE DEL PAPA GREGORIO XVI.

HABIA visto caer el año de 1815 al gigante de las batallas, y descansaba por fin la Francia de sus largas agitaciones bajo el cetro paternal de los herederos de San Luis. Imposible era que se hubiese olvidado la Francia de que á sus reyes legítimos era deudora de su estension, su poder y su gloria, porque recordaba que Felipe-Augusto habia adquirido para ella la Normandía, el Anjou, el Maine, la Turena, el Poitou, el Vermandois y los condados de Evreux y de Alençon; porque sabia que Felipe el Atrevido la habia enriquecido con el Languedoc; porque sabia que Felipe el Hermoso le habia asegurado á Lyon por medio de un tratado, y tanto la Champaña como la Brie por un casamiento; porque no podia ignorar que Felipe de Valois le habia dado el Delfinado; Carlos V la Saintonge y el Lemosin; Carlos VII la Guyenne y el Périgord; Luis XI la Provenza; Luis XII la Bretaña; Enrique IV el Bearn y la Navarra; Luis

XIV el Rosellon, Flándes, la Alsacia, el Artois, el Franco-Condado y el Nivernés; Luis XV la Córcega, el ducado de Bar y la Lorena; y por último, la Argelia Carlos X. ¿Cómo podían borrarse estos recuerdos?...

¿Por ventura no era la monarquía la que había creado el hermoso reino de los Borbones, siglo por siglo y pedazo por pedazo? ¿Y no era para siempre acreedora de generación en generación, al reconocimiento público esa larga dinastía de soberanos que con la corona en la frente y la espada en la mano habían ensalzado á tamaña altura el grande nombre de la Francia?... ¡Ah! Sí; porque el rey era en la historia de la nación la sociedad convertida en hombre. El rey era la religión, la propiedad, la honra, la familia y la patria, representadas por un jefe hereditario en quien venían á cifrarse los destinos del mundo. Ese sagrado principio del orden, al atravesar los siglos y construir el magnífico monumento de la monarquía francesa, es decir, de la más gloriosa de todas, había mudado nombre varias veces; mas á despecho de las revoluciones no había podido pasar ni perecer ese genio potente y misterioso, porque debía permanecer grande, inmóvil, inmortal, y se llamaba “*el rey de Francia.*”

La Europa respiraba en paz. Napoleon desde la roca de su destierro había visto apagarse las últimas hogueras de la guerra. Por todas partes renacía la prosperidad con la vuelta de los principios de justicia y derecho; pero asomaba un nuevo orden de cosas en el horizonte político; presentábase ya un hecho inmenso que comenzaba á fascinar las inteligencias, y que era bajo el nombre de *Gobierno representativo* la destrucción de las antiguas leyes monárquicas; era la organización de un sistema nuevo que debía repartir el poder entre el trono y el común de los vasallos, lo cual, según dice Proudhon, “era una cosa como la cuadratura del círculo, el movimiento perpétuo y la piedra filosofal (1).”

Habiase dado Inglaterra una constitución á fin de fortalecer su aristocracia; y había promulgado otra constitución la Francia para acabar de destruir la suya. Habitados á tomar por modelo á Paris, todos quisieron un gobierno representativo á la francesa. Abrió la nueva carta libre paso á las ideas democráticas que Napoleon había tratado de sofocar durante su reinado, deseoso de afianzar la tranquilidad de las naciones; y de uno á otro polo se levantó un grito general que pedía *cartas constitucionales!* Inaudito fué el buen éxito de la propaganda de los innovadores. Ya no debía de temerse aquel movimiento; la fiebre fué europea.

Diéronse el nombre de *Liberales* los hombres de la nueva fé. ¿Podremos preguntar si deseaban y esperaban en realidad mejorar la suerte de

(1) *Confesiones de un revolucionario*, pág. 289

las naciones?... ¡Ay! Los principales directores del partido democrático, enemigos ambiciosos de los esplendores ajenos, no pensaban sino en la destrucción del orden en el cual no figuraban, para llegar hasta las ruinas en las cuales debían asentar su trono.

¿Qué les importaba la dicha del pueblo ni de la nación? Lo que necesitaban sobre todo era el medio de apoderarse exclusivamente de los puestos y de las fortunas quebrantando cuanto les hiciese sombra. Era para ellos el sistema constitucional *el plano inclinado* que haría bajar poco á poco á la antigua autoridad soberana de su alta y brillante esfera; que la despojaría gradualmente de su aureola y sus prestigios; que daría principio á una nivelación destinada á llegar hasta ella; que debía, en fin, dentro de cierto tiempo transformar las monarquías en repúblicas y precipitar el trono con más ó menos prontitud desde el Capitolio hasta el despeñadero del Aventino.

En la historia vamos á encontrar la prueba de este aserto.

Convertida la Helvecia en país neutral por el pacto constitutivo de la Suiza de 1815, allí fué donde se reunieron todas esas hordas de aventureros usadas por los jefes de revolución para derribar los tronos, y despedidas por ellos mismos con desprecio tan luego como se han hecho del poder.

Aquel país fué la guarida de todos los intrigantes sin asilo, ni patria, ni hogar, de todos los abogados sin pleitos, de todos los médicos sin enfermos, de todos los maestros sin discípulos, de todos los deudores quebrados y perseguidos por sus acreedores, de todos los prófugos de las cárceles y desertores de presidio, y de todos los refugiados políticos que huían de la patria después de haber intentado dar con ella en tierra. Aquel país, en fin, fué el puerto libre de todas las teorías humanitarias; el punto central adonde vinieron á pedir el santo y seña todas las insurrecciones, y el foco común de donde salieron todos los tizones revolucionarios que debían incendiar la Europa.

Uno de los primeros que organizaron sociedades secretas en Italia fué el famoso poeta Byron. Era escéptico y ateo. Toda doctrina que pudiese proporcionarle los medios de aumentar todavía más su fama; todo suceso que al cambiar la faz del mundo pudiese abrir nuevas vías en él, halagaban su imaginación vagarosa y amiga de aventuras. Instalado en Ravena, emprendió allí la guerra contra las dos potestades: la monárquica y la religiosa. Odiaba al Papa, á esa grande pirámide de la Iglesia católica contra la cual se había estrellado el mismo Napoleon en medio de su gloria; y poco tiempo después de su llegada á Italia, se poblaron á la voz del genio inglés Ferrara, Bolonia, Ravena y Forli, de los pretendidos apóstoles de la regeneración europea.

Habia pasado el tiempo de los *jueces francos*; hallábanse en decadencia los *fracmasones*; y entonces aparecieron los *carbonarios* (1).

Revestidas de las mas inaccesibles formas, y ligadas por los mas horribles juramentos, esas *sociedades secretas*, congregadas para el crimen, declararon una guerra de esterminio no solamente á los tronos y á los altares, sino al órden social entero. Formaron tribunales invisibles, donde se decretaba sin piedad la muerte de todo individuo que les era molesto ó les servia de estorbo. Una vez admitido en aquellos antros de depravación, se despojaba el iniciado de todo lo perteneciente á su individuo: sin contar ya con patria ni con familia; ya no se pertenecía á sí mismo sino que pertenecía á sus amos; á la menor señal de éstos debia obedecerles ciegamente con el puñal en la mano, porque era suyo en cuerpo y alma.

La horrible catástrofe de 1830 consagró el derecho de las insurrecciones, y vino á las sociedades secretas nueva fuerza. Habia arrebatado Luis Felipe el cetro á una cuna, cuando solamente de encima de un ataúd tenia derecho de recojerlo; y esta conducta fué aplaudida con entusiasmo por todas las mencionadas sociedades. Sabian perfectamente bien que no se reponen una monarquía por el simple hecho de restablecer encima de las ruinas públicas un dosel de púrpura. Razon sobrada tenian para decir que el acto mismo que ciñe de una diadema la frente de la usurpacion, autoriza otro acto que venga á hacer pedazos esa diadema en esa misma frente; y los innovadores victoriosos, mas ufanos y atrevidos que nunca, se pusieron á afilar y alistar sus armas de destruccion con redoblado empeño en sus arsenales clandestinos.

Prometian á los pueblos estos niveladores, estos envenenadores del género humano, una nueva edad de oro, y solo hablaban de justicia, independencia y fraternidad; pero so capa de estas mentirosas palabras, predicaban el desobedecimiento de las leyes y escitaban á la insurreccion. Siempre ha sucedido lo mismo. ¿No han tenido los sectarios de 1793, sus herederos de 1830, y sus discípulos de 1848, un solo y mismo objeto? Llamaban amor de la patria la destruccion de la sociedad; para ellos no hay mas razon que la impiedad; para ellos la virtud consiste en el crimen.

Al horrible *pandemonium* de la Suiza, acudieron todos los demonios de la anarquía; y allá por los años de 1834, esos potentados de la iniquidad que deseaban abolir los ricos y no abolian los pobres; que trabajaban en destruir la familia, el hogar, la propiedad y la religion, para no poner en su lugar sino el aislamiento, la ruina, la duda y la nada; esos regenera-

(1) El primer escritor francés que descubrió estas sociedades secretas fué el Sr. de Marchangy. Los liberales de entonces se empeñaron en probar que las páginas de su célebre folleto no pasaban de meros ensueños de poeta.

dores salvajes que decian á Dios mismo: ; *Retírate!* eligieron á *Mazzini* por gran maestro.

El futuro triunviro de Roma, lanzado de Francia á consecuencia de tres asesinatos (1), fué á instalarse é la Helvecia. Cambiaron de forma y de nombre los *carbonarios* á su voz, y se llamaron *la Joven Italia*. En torno de Mazzini se agruparon otras sectas, á saber: *la Alianza de los justos* y *el Proletario ladron* (2).

Pero el *gran maestro* no podia quedar satisfecho con revolver una sola nacion. Era menester trastornarlas á todas. Así es que fueron creadas *la Joven Alemania, la Joven Polonia, la Joven Suiza, la Joven España* y *la Joven Europa*.

Estendiéronse las sociedades secretas de uno al otro confin de la tierra, y entraron todas en correspondencia. Estableciéronse en Francia la *Sociedad de las estaciones*, la *Sociedad de las familias*, los *Amigos del pueblo* y los *Derechos del hombre*. Cada país tuvo su club misterioso, y cada círculo sus directores.

Mazzini era quien á todos presidia.

Moisés del espíritu del mal, habia escojido á Ginebra por su Siná. Desde allí promulgaba sus *tablas de la ley*, despidiendo sus rayos á largas distancias. Allí fueron á verle sucesivamente todos los revolucionarios, oscuros todavía, que despues debian adquirir un renombre tan fatal. Entre ellos se contaban los *Sterbinis*, los *Galettis*, los *Ricciardis*, los *Ramorinos*, los *d'Apices*, los *Romeos* y otros muchos. A su lado estaban Weithing, oficial de sastre, cuyo nombre debia resonar horriblemente en Roma; el curtidor Simon Schmidt, Augusto Becker, y el viejo Albrecht que se decia inspirado.

Tenian por evangelio aquellos hombres "*las Palabras de un Creyente*;" y aprendian de memoria este pasaje de Lamartine:

"Conmoverán la sociedad hasta que el socialismo haya ocupado el puesto del odioso individualismo. . . . La caridad es el socialismo." (*Viaje á Oriente*, t. IV, p. 330.)

Allí tambien se presentó Gioberti (3).

No ha habido demócrata que haya tenido mayor autoridad que éste sobre sus conciudadanos. A imitacion de Arnaldo de Brescia, incensó los vicios del pueblo, y se convirtió en su panegirista. Sus discursos y sus escritos llenaban de entusiasmo á los liberales, y le acarrearón por lo mis-

(1) Tuvo lugar este trágico acontecimiento en el café de Roder. Allí sucumbieron á puñaladas dos italianos, Emiliani y Lazareschi, y tambien la muger de uno de ellos. Mazzini y la Cecilia habian presidido el tribunal secreto que condenó á muerte á aquellos tres infelices.

(Cretiniau Joly, *Historia del Sunderbund*, tom. I, pág. 124.)

(2) La doctrina de esta última secta era la fuerza brutal en su mas lata estension.  
(3) El abate Vicente Gioberti habia nacido en Turin á principios del siglo.